



Sobre la “Alianza de las Civilizaciones”

José Antonio Decamilli

09 Ene 08

En el verano de 1989, poco antes de derrumbe del oprobioso símbolo del totalitarismo comunista, el Muro de Berlín, Francis Fukuyama publicó su ponderado libro “El fin de la historia”. Fukuyama pensaba que el término de la guerra fría marcaría el inicio de una era de paz en el mundo. Empero, poco después la comunidad de naciones intervenía violentamente en el Golfo Pérsico para poner fin a la invasión de Irak en Kuwait; Corea del Norte acosa beligerantemente a Corea del Sur, y China se comporta de igual modo frente a Taiwán; en los Balcanes se desata la cruel guerra que aniquila cientos de vidas humanas.

Todos estos conflictos hacen añicos los sueños de paz duradera de Fukuyama. En 1993, otro profesor norteamericano, Samuel Huntington, publica en *Foreign Affairs* un artículo titulado ¿Lucha de las culturas? En 1996 amplía su escrito y confirma su tesis en el libro que lleva el mismo título, pero ahora ya sin signo de interrogación. A diferencia de Fukuyama, Huntington sostiene que las guerras no desaparecerán de la faz del mundo, pero que las guerras del futuro estarán marcadas por la violenta contraposición de las culturas. Los ataques terroristas de los fanáticos islamitas, las guerras en Irak y en Afganistán, el agresivo ascenso de China en alas del confucianismo, etc., parecen confirmar las tesis de Huntington.

Sin la preparación de los autores que acabamos de citar y movido por impulsos políticos, el Jefe del Gobierno de España, el socialista José Luis Rodríguez Zapatero, lanzó la fórmula de una “Alianza de Civilizaciones” como el camino más seguro para preservar la paz en el mundo.

¿Qué pensar de todo esto? El afán de conseguir la paz es un propósito a todas luces loable. La paz es un bien sublime. La paz es la expresión externa del amor que une y da forma y sentido a todas las manifestaciones de la realidad finita. El universo material, social e histórico no existiría si no fuese mantenido por el vínculo substancial del amor. Pero, lo sabemos, este mundo y esta vida no es la vida de la bienaventuranza, sino la penosa marcha de un mundo herido por la imperfección, por el egoísmo y la codicia, las raíces venenosas de la división, de las querellas y de las constantes contiendas. Por eso, proclamar el fin de la historia y el ingreso en un dorado mundo de paz – como hizo Fukuyama- es una utopía alejada de la realidad humana.

La posición de Huntington parece más cercana a la realidad de la vida contemporánea. En efecto, es evidente que muchas de las guerras actuales obedecen, ante todo, a contiendas de origen cultural y religioso. Su lado flaco reside, me parece, en que generaliza excesivamente el carácter de los conflictos actualmente existentes. Quiero decir que aunque efectivamente numerosas guerras actuales proceden de la oposición radical de las culturas, eso no significa que todas ellas obedezcan a idénticas causas y que así ocurrirá también en el futuro, porque el ácido deletéreo de la guerra se alimenta de diferentes tóxicos.

La alianza de las civilizaciones, proclamada rimbombantemente por Zapatero y acogida con beneplácito por el Secretario General de las Naciones Unidas, bien entendida, podría incoar un proceso de paz, por lo menos relativamente y dentro de muy estrechos límites. Y digo una alianza de civilizaciones bien entendida, porque si ella quiere ser realmente tal, debe llevarse a cabo entre civilizaciones auténticas, o sea, que debe tener lugar entre formas de convivencia que se asientan en sobre valores humanos genuinos, porque sólo así puede ser fecunda y beneficiosa para el género humano.

Considero sin embargo como nociva, en alto grado, la pretensión de lograr una armonía entre formas de vida comunitaria que violen los más elementales principios de humanidad: la dignidad de la persona, la libertad, la justicia y el orden jurídico orientados al bien común. La alianza de las civilizaciones de Zapatero se mueve, por desgracia, precisamente en esta dirección. El entiende la alianza de las civilizaciones como un confuso conjunto en el que pacíficamente coexisten culturas que liban de valores diferentes y aún opuestos; un amorfo conglomerado en el que conviven armónicamente la civilización y la barbarie. Así lo demuestra su insana solidaridad, por ejemplo, con regímenes totalitarios como los de Cuba o Venezuela en Hispanoamérica. Pienso que una alianza concebida de esta manera no puede traer la paz en el mundo. Más aún, creo que ya el intento de concordia con tales “culturas” es intolerable y debería ser combatido, por todos los medios, por los miembros de la comunidad de naciones civilizadas. Una civilización global y pacífica sólo puede subsistir si se alimenta con las raíces de valores humanos.